

más á la combinación de colores y á formar pasta para la pintura. Se empeñó en imitar la tinta de China, y fué mejorando la que hacía, hasta que consiguió su objeto de que la prefiriesen los consumidores á la que se vendía como procedente de aquel país. De esto da razón *El Mercurio Peruano* de 1791, número 3.»

Puedo especificar un poco acerca de los trabajos que en grabado hizo este artista citando como obra suya las dos láminas de bronce que se ven en el «Templo del honor y la virtud», ó sea en el elogio que el doctor D. José Baquíjano hizo al virrey D. Agustín de Jáuregui. Una de las planchas contiene el escudo de armas de este caballero, y la otra su retrato.

No sé hasta dónde llegará el valor y mérito de las obras de que he dado cuenta en este párrafo, pues no soy perito en la materia; bástame consignarlas y abrigar muy fundadas esperanzas de añadir nuevos datos á los que ahora quedan apuntados.

Escultura naval.

DE los caros caprichos de los hombres fué desde muy antiguo el mar tumba y estrado; en él se ha reflejado el gusto y

poderío de las naciones, y nada como él ha contribuído al fomento de las bellas artes en la escultura principalmente, y de un modo secundario en los dorados y pinturas durante largos siglos, que acaso se renueven y quiten á la actual arquitectura naval ese aire de cárceles flotantes que hoy revisteu sus negras producciones.

Trato, pues, de demostrar que los buques construídos en nuestras posesiones americanas proporcionaron á los escultores y doradores un más que mediano trabajo, y como prueba de ello emplearé el argumento llamado de inducción, que, reducido á su mayor y más expresiva brevedad, se contiene en estos términos.

Las construcciones navales en América seguían en lo posible á las de España; pero en éstas se hacía grande uso de molduras, mascarones, entallados, dorados y pinturas; luego en América la escultura, dorados y pinturas en las naves no debían escasear.

Poco jugosa y amena podrá parecer esta materia á quien se contente con mirarla á sobrehaz; con todo, hay curiosidades y bellezas en ella capaces de recrear al más flemático holandés y de exaltar la imaginación más apagada y melancólica.

¿Qué aspecto más agradable puede con-

cebirse que la de aquella flota tan numerosa con la que Alejandro Magno pasó por el Indus al Océano, llevando unas naves las velas de un color, otras de otro? De verdemar solían llevarlas los piratas; blancas las llevó Teseo en su viaje á Cretá, y de púrpura eran las de aquella célebre galera de Cleopatra, en la que fué por el Cydne arriba á ser juzgada por el sensible Marco Antonio.

La forma que toman las velas henchidas por el viento, la majestad y gracia con que las embarcaciones antiguas se alzaban en su marcha para caer blandamente sobre aquel hervidero de blanquísima espuma, no perpendicularmente á ella, cual si airadas trataran de aplastarla y llevarla oprimida hasta el fondo mismo de los mares, sino recostándose sobre ella suavemente, ya de un lado, ya de otro, cual si lo hiciera para dejarse acariciar por la juguetona espuma que besada se despidió de ella en forma de rizadas plumas.

Los escandinavos y otros pueblos del Norte añadieron á estos encantos el de llevar las velas doradas, y aun fué muy común entre ellos el pintarles sus escudos y emblemas. Ni la edad de hierro con toda su dureza pudo acabar en el mediodía de Europa con los primores que de años y aun siglos atrás se

ostentaban en el decorado de las naves. Estaba esto reservado á nuestro siglo, y de un modo oficial al Almirantazgo inglés, por el decreto que copiaré más adelante.

¿Qué puede pintarnos más al vivo la elegancia y el lujo de las naves antiguas, sino la descripción que de ellas hace el profeta Ezequiel en los primeros versículos del capítulo XXVII, comparando la ciudad de Tiro con las que se usaban en su tiempo? Compara, pues, el Profeta, la hermosura, riqueza y elegancia de Tiro con la riqueza, elegancia y hermosura de sus naves, y lo hace en esta forma: «Todas tus tablas son de abeto de Sanir, y para hacerte el mástil trajeron un cedro del Líbano. De encinas de Basán son tus remos, y de marfil de la India los bancos de tus remeros. Tus cámaras de popa no conocieron más materia que la traída de las islas de Kithim, y tus velas, hechas de telas finísimas como las que se tejen en Egipto; de color de jacinto y púrpura las que se ponen en tu mástil.

»Tu pabellón de popa es del jacinto y púrpura de las islas de Elisa.

»Los aradios, que en otro tiempo eran tus iguales, y los sidonios, que te llevaban muchas ventajas, son ahora tus remeros y siervos. Para tus faenas y maniobras tienes

extranjeros, y tus sabios, ¡oh Tiro!, son tus pilotos, etc.»

El lujo y fausto de las naves de Tiro se fué propagando, y las historias antiguas nos enseñan que las bellas artes tuvieron grande acogida en las flotas de todos los países: algunas galeras, en las que se reunió cuanto de excelente y exquisito puede apetecerse, han quedado descritas en las páginas de historia que se conservan de aquellas remotas edades. Describirlas menudamente sería trabajo inútil, y así tomaré á la letra de las *Disquisiciones náuticas*, del Sr. Fernández Duro, algunos párrafos, por hallar en ellos breve y elegantemente recopilado cuanto para nuestro intento necesitamos:

«Los fenicios, primeros navegantes del Mediterráneo, hicieron á sus naves partícipes del fausto que en Tiro y en Sidón daba testimonio de su prosperidad; revistieron con marfil labrado los bancos de los remeros, tiñeron con púrpura real las velas, coronaron las entenas con flámulas de seda, y lucieron en el casco aquella habilidad para la ensambladura y talla de las maderas, en que no tenían rival, según el juicio de Salomón, que los llamó á la fábrica del templo.

»Los griegos y los egipcios, á su vez, en-

traron de lleno en una senda tan provechosa á sus intereses, multiplicando las flotas y perfeccionandolas propiedades de la unidad, sin descuidar las magnificencias del adorno á que tanto se prestaban sus aficiones artísticas.

» Refieren las historias que las galeras griegas estaban por lo común pintadas de azul y oro; llevaban en la proa la figura de un dios, de una planta ó de un animal, esculpida en madera ó fundida en bronce con la mayor delicadeza; la popa estaba rodeada por un balcón, en cuyo centro aparecía un escudo dorado; otra escultura, representando á un ave, servía en la proa para dar paso al cable del ancla; el *parasemon* ó bandera nominal del buque estaba pintada con gran perfección, lo mismo que la que flotaba mostrando la divinidad protectora de la nave, bandera sagrada que daba asilo inviolable á los que se refugiaban á su abrigo, y ante la cual se hacían los votos y los sacrificios.

» En ciertas ocasiones se añadían á los adornos permanentes flores y guirnaldas, y los remeros (*kopelatai*) y los soldados (*epibates*) ceñían verdes coronas.

» Todo esto era cosa común, á que no se concedía ninguna importancia; lo extraordinario se encuentra en las relaciones des-

criptivas de la nave de Hierón de Siracusa, construída bajo la dirección de Arquímedes, y objeto de un poema escrito por el ateniense Archemelo, ó de las embarcaciones colosales de Ptolomeo Philopator.

» La primera tenía capacidad para 12.000 toneladas; la cubierta estaba formada de mosaico, representando la guerra de Troya, y exteriormente aparecía sostenida por dos órdenes de atlantes y cariátides; en las inferiores había salas, templos, baños y fuentes de agua dulce, cuabras para caballos, viveros de peces, una biblioteca, en cuya cúpula estaban pintadas todas las constelaciones, y una galería para las mujeres, solada con ágata y coral, y cuyas paredes interiores estaban revestidas con maderas finas incrustadas de marfil, nácar y plata.

» La mayor de Ptolomeo tenía 12 pisos ó cubiertas, siete espolones ó rostros en la proa, y como ornamento, figuras de animales de 21 pies de altura cada una.

» La parte inferior estaba decorada con preciosas pinturas, y, sin embargo, era muy inferior este buque comparado con el que llamaban *Thelamegos* ó dormitorio, si no tan grande como el anterior, espléndido en esculturas y otros adornos.

» Tenía salones y dormitorios con cuanto

pueda inventar la riqueza; una galería de dos pisos con vestíbulo de marfil y maderas preciosas. El artesonado del salón, de cedro y ciprés de Mileto, cautivaba por su obra primorosa; los fustes de las columnas eran de oro y marfil, que se prodigaba en toda la decoración, y el arquitrabe estaba cubierto de bajo-relieves de un codo de altura y de un trabajo admirable.

» La sala de comer era más bella, sobresaliendo como elemento el mármol índico, y todavía más los templos de Venus y de Baco, cuya descripción sería muy difícil. Jardines, pajareras, estanques, nada faltaba allí para recrear los sentidos, deslumbrados por los cambiantes de las velas, que estaban tejidas con púrpura y oro.

» Cleopatra, último vástago de la dinastía de Egipto, que eclipsaba la esplendidez de todos sus antecesores, no podía ser menos que Philopator ó que Sesostris, que tuvo una embarcación dorada por fuera y plateada por dentro.

» Un palacio suntuoso en que las piedras preciosas se incrustan en el pórfito y el mármol es una riqueza vulgar, como ha dicho Pacini; este lujo mágico, llevado á una nave esencialmente frágil, disfrazando con los tejidos más brillantes, con los metales más

preciosos la rudeza de los utensilios de la navegación y la penosa vida de la gente del mar, es el que manifiesta mejor la opulencia y la grandeza.

» Los cartagineses, hijos y herederos de la aptitud marinera de los fenicios, y los romanos, émulos de aquéllos, tuvieron esmerado afán por el adorno de sus galeras, cuyas proas nos conserva la elegante columna *rostrata* y la corona naval que inventaron.

» Calígula construyó para su viaje por las costas de Italia una embarcación digna de rivalizar con las de Egipto, pues toda ella era de cedro, con la popa de marfil sembrada de oro y pedrería.

» Todos los pueblos de la antigüedad siguieron esta corriente fastuosa, madre de la sentencia de Séneca que nos sirve para estimar la exageración del lujo: «No es el mejor navío el pintado con colores brillantes, con espolón de plata ó de oro macizo, ni el que lleva figuras de marfil que representan á los dioses protectores, ni siquiera el que se ha destinado á cargar el tesoro real y las riquezas que proceden de los impuestos, sino aquel de madera fuerte, bien calafateada, que resiste al esfuerzo continuado del mar, que obedece al timón y que aguanta valientemente las velas.»

» En la Edad Media, verdadera edad de hierro, desapareció de los buques todo signo de riqueza, de elegancia y aun de comodidad, no porque la sentencia de Séneca fuera apreciada ni siquiera sabida, sino porque la embarcación debía corresponder á la rudeza de los que la construían y manejaban.

» Perdidas las nociones del arte, tosco y pesado como las armas, como la educación, como el lenguaje, había de ser el bajel empleado en las escasas necesidades de aquellos hombres. Si cuidaban de aparejar balistas y viratones, y de encerrar en la bodega piedras que les sirvieran de proyectiles, no se preocupaban de pinturas ni resaltes.

» A la necesidad de preservar las maderas de la maligna influencia de la intemperie acudían embadurnándolas de brea y sebo, contentando su vanidad la mezcla del almagre con las resinas y grasas. Un pedazo de lona pintarrajeada era su bandera, el más preciado adorno mientras que, llegada la batalla, no se ponía á su lado en una pica la cabeza del almirante ó cabo enemigo.»

No para criticar, sino para ilustrar algunos puntos de los que el Sr. Fernández Duro ha tocado, escribo las siguientes líneas.

Mr. Jal, en su *Arqueología Naval*, se burla

por completo de la famosa galera de Tolomeo Filopator, y cree que sólo existió en la imaginación de Callixeno, proponiéndose en tan pomposa descripción representar la magnificencia de aquel Monarca, según yo entiendo, en lo marítimo, como poco antes la había representado en lo terrestre.

Plutarco y Ateneo copiaron á Callixeno, y á éstos los demás autores, dividiéndose unos en aceptar cuanto aquéllos dicen, otros en no rechazar por completo la descripción, sino explicarla como Scheffer, Tomás Rive y Enrique Sauli.

En igual categoría fantástica coloca monsieur Jal la galera de Sesostris, descrita por Diodoro de Sicilia y dedicada á la divinidad Tebana, la de Hierón, el famoso tirano de Siracusa, y otras varias.

Y aunque yo no éntre ni salga en el asunto, ni pretenda dar fallo alguno en él, diré con llaneza lo que siento. Callixeno de Rodas escribió, por lo menos, cuatro libros acerca de la ciudad de Alejandría, corte de los Tolomeos. Hoy sólo se conocen dos fragmentos: el primero trata de las naves que tuvo el rey de Egipto, Tolomeo Filopator, y el segundo es una larguísima descripción de cierta fiesta ó procesión, de la que Carlos Müller dice: « Quae fragmento secundo describitur

pompa Ptolomaei Philadelphi, ita nobis pingitur, ut non potuerit eam auctor suis non vidisse oculis.»

Pues el que lea la narración á que se refieren estas palabras tendrá tanto que admirar en ella, que más de una vez la tendrá por quimérica y como por ideada para dar una muestra del poder y riqueza de aquel Rey.

Las dificultades de Mr. Jal, tomadas de la dificultad de colocar los remos y de otras cosas por el estilo, ¿pueden afectar tan intrínsecamente al ser de la galera que éste se niegue porque no sepamos hoy colocar aquéllos? La arquitectura naval de aquellos tiempos nós es tan conocida que tengamos la certeza de que la traducción del griego esté tan bien hecha que responda exactamente á lo que en el original se expresa?

Yo estoy conforme con que en la Edad Media fué mucho lo que decayó el decorado de las naves, pero creería que no fué tanto como se deduce de lo escrito por el señor Fernández Duro; y si en los países del Norte de Europa, donde más se dejó sentir lo pesado de la edad de hierro, tenemos pruebas de que se conservó alguna buena parte del decorado antiguo, será lícito argüir que las bellas artes no desaparecieron del mar en

aquellos siglos cual si hubieran ido á parar á sus abismos.

Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, montaba en 1066 un buque, regalo de su esposa Matilde: « The prow is ornamented with a lion's head; and at the stern is the effigy of a boy blowing a horn, and holding in his left hand a gonfanon. »

Más pormenores nos da este otro trozo: « Matilda, afterwards queen, wife of the duke, in honour of the said duke, caused a ship to be built called « Mora » in which he was conveyed. On the prow of which ship the same Matilda caused a golden boy to be placed, pointing, to England with his right fore-finger, and pressing an ivory horn to his mouth with his left hand... at the top of the mast, according to Wace, was a gilt brass vane and a lantern... The sail is in three stripes, red (or brown) yellow and red. »

Las naves que los cruzados aprestaron en tantas ocasiones para pasar en ellas á Tierra Santa, ofrecen nuevas comprobaciones de que no quedaron las bellas artes en la Edad Media en el abandono generalmente creído, aunque sí, repito, decaídas en el mar. El historiador griego Nicetas se complace en describir una nave veneciana que por su gran tamaño era llamada *Mundo*.

No da el historiador particularidad alguna de ella, sin duda porque su intento directo y principal era el de narrar puramente el gran armamento naval con que los venecianos acudían en esta ocasión á la cruzada. La capacidad de los buques es lo que descuella en el relato, como lo evidencia este trozo: *Igitur, toto triennio Venetiis fabricatae sunt celeres naves equestres Cei X; naves longae LX, rotundae ultra LXX sunt coactae, quarum una ob insignem magnitudinem mundus ab eis appellabatur.*

Pero nos quedan fehacientes testimonios de que en la Edad Media hubo algún lujo en el decorado de las embarcaciones.

Del tiempo de las Cruzadas es un buque normando cuyo facsímile da Jal en la página 136 del primer tomo de su *Arqueología naval*; por él se manifiesta que en el siglo XI, y entre los navegantes de las costas boreales del continente, los elegantes mascarones de popa y proa no estaban adheridos al casco, sino que eran agudas terminaciones de éste.

Los *drakars* ó dragones de las costas dichas eran de mucho lujo si pertenecían á personas pudientes. El rey Canuto tenía un *drakar* de extraordinario tamaño; parece que á él se refiere lo que dice Torfeo en el capítulo XLII, y es « que este monarca ador-

naba sus bajeles con figuras de plata y oro; poseía un *drakar* de gran tamaño, forrado, á lo que parece, con láminas de oro, buque muy celebrado por su magnificencia.»

Hállanse además en las historias del tiempo varios buques de éstos con velas y palos dorados y la cabullería de púrpura.

En la celebrada tapicería de Bayeux, llamada también de la reina Matilde, se ven estampadas varias clases de buques; nótese en ellos alguna pobreza de decorado exterior; sólo en los de mayor categoría se echa de ver el gusto y lujo pictórico y escultórico, que ciertamente, si decayó en la Edad Media, no fué tanto que deba eliminarse de ella por completo, ni mucho menos.

En dos ocasiones dice Jal que en esta época estuvo floreciente el adorno decorativo de los buques: «Les belles sculptures, les ornements éclatants étaient l'attribut des commandants, et cela *est resté* dans les marines jusqu'à la fin du dix-huitième siècle.» Esculturas de gusto y ornamentación brillante fueron los dos signos característicos de las naves capitanas, lo cual duró en todas las marinas hasta fines del siglo XVIII.

Y en la pág. 479 del primer tomo escribe el mismo autor: «Il est permis d'affirmer que la décoration, peinte ou figurée à l'extérieur

des galères *du Moyen âge*, suivit la mode qui chargeait de sculptures, de peintures vives, de brillantes dorures les édifices civils et religieux.» Que en substancia dice: «las galeras de la Edad Media seguían en su ornamentación de escultura, pintura, dorados, etcétera, la misma marcha que se notaba en los edificios civiles y religiosos.»

No me atrevo á entrar mucho en el examen y clasificación de los edificios de que habla Jal para rastrear por ellos lo abundante y suntuosa que sería en la Edad Media la ornamentación naval, primero por lo arriesgada y atrevida que en tesis general me parece la frase, y luego por el temor de desbarrrar en materia de la que, como en otras muchas, tengo conocimientos tan superficiales y someros que, en realidad de verdad, no puedo menos de considerarlos como limítrofes á la ignorancia.

Pero ya que me he puesto á dar un ligero diseño del ornato que llevaban las embarcaciones de los siglos medios de la historia del mundo, será preciso que no deje manca la materia, tanto más trazándose me el camino que debo de seguir, que no es otro sino el de averiguar qué grado de esplendor tuvo en los siglos medios la arquitectura y escultura civil y religiosa, y de ellos deducir cuál se-

ría en los mismos siglos el adelanto y perfección de estas artes aplicadas á la ornamentación naval.

Si la teoría expuesta por Mr. Jal se verificara en toda la amplitud que le da su autor, no hubieran surcado el mar buques más galanamente decorados que los del opulento califa de Córdoba. La Alhambra de Granada, el Alcázar de Sevilla, la Mezquita de Córdoba y otros varios monumentos harían formar muy aventajado concepto de la ornamentación en los buques musulmanes.

Quizá en los centenares de montones de manuscritos arábigos que en diferentes puntos de España se conservan, no falten algunos curiosos datos acerca de esta materia.

Hasta ahora la marina hispano-arábiga, si bien de consideración en cuanto forma parte, como vimos, de la española, no se distinguió por sus excursiones fuera del litoral de nuestras costas, ni tenía por qué salir de ellas. Se la conocía muy poco en los países comerciales, y de ahí el caso omiso que de ella se ha hecho en los libros profesionales.

Cuanto de ella se diga acerca del decorado de sus buques, sólo debe de aceptarse con irrefragables testimonios á la vista; lo demás será cosa sin fondo.

La escultura cristiana en la monarquía fundada por Pelayo alcanzó tal grado de prosperidad, que es necesario, para creerlo, ponerse á estudiar muy de asiento las obras que desde los primeros años de la Reconquista se conservan en iglesias y otros objetos artísticos.

Del siglo IX tenemos las dos cruces de la Cámara Santa, célebres por su riqueza y trabajo. «La una constituye la más insigne joya de Alfonso el Casto, llamada la Cruz de los Angeles; entre la gruesa pedrería que la esmalta sobresale en el centro un rubí preciosísimo, al cual corresponde en el reverso un gran camafeo de estilo y carácter al parecer romano: tiene otros más pequeños en las extremidades. Pero lo más notable de esta cruz es *la delicadísima filigrana* sobrepuesta á su plancha de oro, cuya perfección le hizo dar el nombre que tiene.»

La otra cruz, llamada de la Victoria, es de roble; «el oro y pedrería que la revisten y *su prolija escultura* se deben á Alfonso III, que en 908 la hizo labrar en el castillo de Gauzón.»

Obra de Ramiro I, siglo IX, fué la iglesia de Santa María del Naranco. «Los capiteles, cortados á modo de trapecio, llevan esculpidos en su frente cuatro leones, y en sus

caras laterales, dentro de triángulos contrapuestos, toscas figuritas... En el arranque de las fajas nótanse, de relieve, dos órdenes de figuritas de tamaño igual á aquéllas; las dos de arriba á manera de cariátides, sosteniendo una piedra; las dos de abajo á caballo empuñando la espada... De las fajas pende á cada remate un medallón circular orlado de trenzados cordones y de lindas guirnaldas de flores y follajes, en medio del cual destaca un león esculpido, y en alguno dos cigüeñas.»

Obra del rey Ramiro I fué también San Miguel de Liño, preciosa iglesia de abundante piedra calada en que ya empezaron á dibujarse los arabescos; el ajimez de dicha iglesia es famoso por su delicado trabajo de escultura. En la jurisdicción de Avilés hay bellos monumentos escultóricos de los primeros reyes de León; pueden verse en la colección denominada *España y sus monumentos*, riquísimo arsenal para esta clase de estudios y noticias.

De D. Alfonso VII, siglo XII, es el convento de benedictinas de Santa María de la Vega; en él se halla el sepulcro de Gontrade, su fundadora; á un lado de la vertiente del sepulcro caen aves, y al otro perros, gentilmente entrelazados, con tallos y follajes

de gusto bizantino y de no escaso trabajo.

San Pedro de Villanueva, otro monasterio benedictino del siglo XII, llama la atención por las muchas bellezas que encerraba, tanto de arquitectura como de escultura. «Sus tres ábsides torneados agrúpanse todavía pintorescamente á espaldas del edificio, flanqueados de columnitas el mayor, y con profuso ornato en sus ménsulas y cornisa.»

La pila bautismal de su iglesia, labrada en 1114, se distingue por «las elegantes y bellísimas orlas de gusto bizantino que la ciñen alrededor, y por los caracteres perfectamente esculpidos que resaltan en la franja de en medio».

El monasterio está á la margen del Sella, media legua de Cangas de Onís; su portada, llena de esculturas, confirma lo mucho que se labraba en piedra.

El soberbio pórtico de la Gloria en la catedral de Santiago de Compostela, obra también de los primeros años del siglo XII, pues se debe toda ella á los obispos Peláez y Gelmírez, es de lo mejor del tiempo. Lo adornan innumerables estatuas de cuerpo entero; los capiteles de las columnas ostentan finas y abundantes esculturas. «Este bellísimo pórtico ha sido descrito y ensalzado; el pintor